

biera tal pasillo, monseñor sería el único en conocerlo.

— ¡El único! — repitió en voz baja el marqués. — ¿Se habrá burlado de mí ese granuja de Gaspar Mouvette?

Decidido á saber á qué atenerse tiró de la espada y sirviéndose de ella como de un bastón, sondeó á cintarazos, á derecha é izquierda, las paredes, sin que se produjera sonido alguno de hueco. Y como sin embargo, se dejó oír de nuevo el aullido lúgubre, los tres personajes de aquella extraña escena sintieron un calofrío singular á lo largo de la espalda, aumentando este malestar cuando oyeron distintamente, pronunciada por una voz cavernosa, la siguiente frase :

— Silencio, Diógenes.

Aquello era ya demasiado. El miedo que embargaba á la vieja Francisca y á su hijo, iba ya insinuándose en el ánimo del valeroso marqués, quien sin tratar de disimularlo disponíase á huir de aquella habitación cuando llegó el viejo Colomán anunciando que Rolando de Saboya-Nemours solicitaba el honor de una entrevista.

La visita del rey de los refinados, que esperaba sin duda, fué acogida con un suspiro de satisfacción por el señor de Villanueva, quien recobrando ya todo su aplomo, encargó dos cubiertos para una nueva cena improvisada y dió orden de introducir cerca de él al joven duque.

VIII

EN EL QUE EL GRAN MARQUÉS TIENE MIEDO

Una hora haría, poco más ó menos, que el duque y el marqués se hallaban en animada y secreta conferencia.

En la amplia habitación en que, vaso en mano, habían hecho conocimiento, respirábase una atmósfera viciada; el mantel de bordado escudo aparecía manchado como el de una taberna, y el suelo cubierto de cascotes de botellas, rotos unos, enteros otros y vacíos todos. Sin embargo, entre ambos comensales parecía reinar la más perfecta armonía.

— Veo, señor y amable suegro, — dijo Rolando haciendo atrás su silla, — que seremos buenos amigos. Nuestros gustos son idénticos : nada de escrúpulos, vino fresco y mujeres idem...

— Sí... algo se ha secado en mi ausencia la marquesa. Por eso puedo aseguraros que, como mujer, preferiría en este momento la que os destino.

— ¡Diablo! Tenéis un modo de expresar vuestros gustos que, la verdad, me parece crudo en demasía, sobre todo á vuestra edad.

— ¿Qué edad me dais?

— Unos cincuenta y cinco... tal vez sesenta; no representáis más.

— Vuestra generosidad para conmigo, mi querido yerno, os induce en error. Sabed que yo nací en 1532 y como durante diez años he debido dormir á la sombra en cierta vieja torre, ahora acabo de despertarme joven, muy joven.

El duque reía ruidosamente.

— En la infancia, como si dijéramos; — en plena primavera de la vida; bebamos pues á vuestro vigor, mi querido suegro.

Bebieron una vez más, y el marqués rechazando su vaso, preguntó:

— ¿Sería abusar de vuestra bondad suplicaros que hablemos de cosas serias?

— De ningún modo; — dijo el duque. — Estoy á vuestra entera disposición.

Pero seguía riendo, y hubo de añadir, como para disculpar su hilaridad:

— ¡Cuando pienso que me habían llenado los oídos hablándome de vuestro puritanismo, de vuestra intransigencia... ¡qué sé yo! La verdad, suegro amado; en mi vida tropecé con hombre que oculte mejor su juego.

— Esperad, — aconsejó el gran marqués enjugando con el dorso de la mano las gotas de vino que humedecían sus labios; — precisamente ahora vamos á poner

las cartas sobre la mesa... Pero ante todo, decidme: ¿qué es lo que esperáis al uniros á mi hija única?

— ¡Vaya una pregunta! ¿Qué he de esperar? Pues apropiarme una mujer hermosa, una inmensa fortuna, y añadir á mis títulos otro no menos sonoro que los que ya llevo...

— ¡Alto ahí! Vayamos poco á poco; — interrumpió el marqués. — Ese título pertenece á quien lo ostenta, esto es, á mí, y mi vida comienza apenas. Cuanto á la fortuna, cada cual se llevará su parte. Pero no importa: sigámos. Habeis dicho lo que pensáis adquirir, pero todavía no sé qué precio pensáis pagar por esas adquisiciones.

— ¿Un precio? — preguntó, estupefacto, Rolando.

— Claro que sí, puesto que tratamos un negocio bilateral. A cambio de la mercancía que me pertenece, ¿qué es lo que vos me ofrecéis? Me parece que no puedo hablar más claro.

Rolando miraba al marqués con profunda extrañeza, casi con miedo.

— Usáis tales fórmulas, querido suegro, — dijo por decir algo, — que la verdad, no comprendo su alcance...

El marqués continuó implacable:

— En todo comercio serio y bien montado se establece ante todo el debe y el haber. Decidme, pues, ¿qué ofrecéis vos?

— Pues... mi amor.

— Como si dijéramos, nada. No puede en verdad ofrecerse menos.

Picado en su orgullo Rolando se levantó. Habíanle hecho entrever que su matrimonio era cosa arreglada de antemano, que sólo encontraría en el padre un hombre cansado, vencido, resignado á soportarlo todo á cambio de un poco de tranquilidad, y he aquí que se encontraba en presencia de un mercachifle, interesado y formalista como un judío.

— ¿Olvidáis con quién habláis? — comenzó á decir, para ver si la intimidación hacía algún efecto. — Yo soy el primer gentilhombre de la Cámara.

— ¡Bah! ¿Y qué significa eso? En cambio yo soy rey. O lo era... es decir... en fin, yo me entiendo...

— Soy favorito de la reina madre; — añadió Rolando.

— Yo lo fui antes que vos, y sé por eso mismo que su alta protección sufre bruscos cambios.

— Si uno más se produjera en lo que os concierne; — afirmó el joven — podríais lamentarlo.

El marqués aseguró impávido.

— No; le he puesto un buen bozal á esa malvada, que se burla de vos como de mí.

Rolando se encogió de hombros.

— Puede que sí, que se burle de ambos; — dijo. — Poco me importa. Sus propias intrigas la ocupan demasiado para que pueda ver con claridad en el fondo de las mías.

El gran marqués reflexionaba.

— Me parecéis un gentilhombre de buen sentido y de brillante porvenir; — dijo al cabo de un momento. En vez de devorarnos simulando caricias sería más

práctico para ambos que mezcláramos nuestros juegos. Vamos á ver, joven, ¿nos aliamos ó no?

— Con mucho gusto, anciano adolescente.

Diéronse un fuerte apretón de manos, y el duque Rolando añadió:

— Sin rodeos ni circunlocuciones: ¿á qué precio ponéis en venta á vueéstra hija?

— A vos, señor duque, os la doy gratis, liberalidad que no me negaréis que es inverosímil. En cambio guardo para mí lo que en concepto vuestro formaba el dote obligado de la niña, es decir, mi título y su fortuna, pequeñeces ambas de que entraréis en posesión en cuanto yo fallezca.

— ¡Hum! Si hemos de juzgar por el semblante de vuestra señoría, no me parece muy próximo ese vencimiento.

— No tratéis de anticiparlo, yerno mío, porque podría ser que os fallase la cuenta.

— Veo que os merezco mala opinión...

— No: creeros capaz de desembarazar de obstáculos vuestro camino, y esto sin el menor remordimiento, es, por el contrario, estimaros en lo mucho que valéis. Pero yo por mi parte, y vaya esto á modo de sano consejo, me apresuraría á enviar al otro barrio á mi yerno, si mostrase impaciencia por heredarme, con la misma facilidad con que apago esa luz.

Así diciendo, y de un salivazo hábilmente dirigido, el señor de Villanueva apagó la mecha de una de las luces colocadas sobre la mesa.

Rolando admiró su destreza, y luego de felicitarle por ella, preguntó :

— ¿Os place que resumamos?

— Precisamente me disponía á proponéroslo. ¿Estamos de acuerdo acerca de las bases de que acabamos de hablar?

— Por completo. Yo tomo á la señorita Solange por amor y por razones políticas además. Vos os encargaréis de obtener su consentimiento, así como el de la señora de Villanueva-Marsan...

— Yerno mío, — dijo el marqués con gran aplomo, — asunto es este que tratamos de vos á mí, y el parecer que acerca del mismo puedan tener esas señoras me preocupa muy poco.

— En ese caso, — exclamó Rolando sorprendido — no sé cómo podrá arreglarse esto.

— Pues es muy sencillo, — afirmó el gran marqués.

— Mi esposa tiene ideas arcaicas, prejuicios feroces y odios muy arraigados; mi hija por su parte muestra ciertas inclinaciones... Es una enfermedad reciente que se manifestó en ella desde que hizo conocimiento con cierto hidalguete del país de Agen...

— ¡Bernado de Arma! — murmuró el duque pali-deciendo.

— ¿Lo conocéis? ¡Ah, sí! Ya olvidaba que hace aún muy poco tiempo os dió una ruda lección ahí, en el campo vecino... Pues bien, para evitarnos las vacilaciones de la tierna madre y las lágrimas inevitables de la hija, creo que lo mejor será que simplifiquemos los acontecimientos preliminares.

— Sí, pero, ¿cómo?

— ¡Bah! Sin necesidad de inventar medios desconocidos, con emplear el más corriente de todos, saldremos del paso. Raptad á mi hija.

Rolando abrió tamaños ojos.

— En verdad que sois admirable; — dijo. — Creo que es esta la primera vez que un padre se atreve á recomendar expedientes de esa naturaleza. No importa; seguiré tan útil consejo, mi querido suegro, y si la niña hace ascos á mi nombre, como en realidad es bonita, pues en vez de hacer de ella mi esposa, la tomaré como querida.

El gran marqués se puso en pie de un salto al oír lo que antecede; dió vuelta á la mesa y fué á apoyar ambas manos sobre los hombros del más bravo de los miñones, cruzada la frente olímpica por una arruga, no irónica esta vez, sino soberanamente digna, y habló así con voz altanera :

— Señor duque, vuestra impertinencia rebasa los límites permitidos. Os suplico no olvidéis que habláis de una Villanueva.

— Señor marqués, — contestó el otro sonriendo, — os agradezco que me lo recordéis. Sin embargo, como habéis hecho todo lo posible para hacerme dudar de ello, os suplico un poco de indulgencia, que me parece tengo bien merecida.

— Admito esas excusas; — aseguró el marqués dándose á pasear por la habitación, reanudando al poco tiempo el diálogo con su interlocutor, aunque en voz tan baja que no fué posible oír de lo que trataron. Tal

vez podamos saberlo más adelante. Por lo pronto bástenos con consignar, no sin sentimiento, que aunque todo parecía deber separarles, el miñón del rey y el prisionero liberado entendiéronse á maravilla si hemos de juzgar por el cordial apretón de manos que se dieron al separarse.

Retirábase en realidad el de Saboya-Nemours un tanto mohino por no haber logrado una victoria diplomática sobre su avispado y futuro suegro, y no hubiera sido fácil á sus amigos reconocer en él en aquel momento al procaz hablador que la antevíspera por la noche habíales asombrado con aquellas fanfarronadas que motivaron la repentina intervención de la espada vengadora de Sed de Amor.

Como quiera que fuese, disponíase el nocturno visitante á retirarse, y había ya abierto la puerta que ponía en comunicación el cuarto del marqués con la galería grande, cuando se encontró cara á cara con miss Huming, quien jadeante, como si acabara de correr, se precipitó hacia el duque exclamando :

— ¡Ah, monseñor! Por fin os encuentro solo... Ya era hora. Tengo que hablaros de la niña. He llegado á creer que el señor de Villanueva os guardaría toda la noche; pero afortunadamente ha acabado por alejarse.

Así podía creerlo la inglesa porque el marqués, molesto por sus excesos gastronómicos, habíase retirado un poco hacia la alcoba para desabrochar su cinturón; pero de pronto se mostró exclamando con dureza :

— Por los cuernos de Lucifer, bella insular, ¿os torba acaso mi presencia para continuar el chismorreó ?

La espía de Catalina se estremeció al oír esto, y sus ojos abriéronse demesuradamente.

— ¡Él! ¡otra vez él! — murmuró llevando ambas manos á su cuello. — ¡Ah, yo me ahogo, me ahogo!

El noble anciano tomó paternalmente un vaso medio lleno de encima de la mesa y quiso acercarlo á los labios de miss Huming, quien toda temblorosa, cerrada la boca y contraídas las mandíbulas, se dejó caer en una butaca.

— Palomita mía, — murmuró Rolando, — conste que esas pamemas son desesperantes y no convencen á nadie. Como es de suponer que desde esta mañana, que te vi en mi domicilio de la calle del Pie del Diablo, has debido trabajar en obsequio mío, haz el favor de decirme, sin hacer más aspavientos, lo que tienes que decirme de tu joven ama, sin inquietarte de la presencia aquí del señor marqués mi futuro suegro. Somos ya de la familia, y place al uno lo que resulta agradable para el otro.

Como si no; Miss Huming continuaba sin poder despegar los labios. Su espanto no era simulado, y la causa del mismo parecía ser la vista del marqués.

Sabido es que de todos los sentimientos comunicativos uno de los que con más prontitud se propagan es esa depresión nerviosa que se llama el miedo.

Rolando de Saboya-Nemours (ya sabemos, por habersele oído á Phtah, que bajo ese nombre se ocultaba su hijo mayor Landro Mansour, llamado Sed de Sangre, criminal aventurero de mala sangre) poseía un alma bien templada, inaccesible á tal debilidad; pero no suce-

día lo mismo, ni con mucho, por lo que respecta al prisionero libertado.

Mientras éste se encontró en compañía de su valeroso convidado, pudo hacerse la ilusión de que olvidaba el misterioso incidente de las voces subterráneas; pero la singular actitud de la inglesa fué causa de que lo recordase de repente, y entonces preguntó con voz temblona :

— Es acaso, hermosa niña, que habéis encontrado algún fantasma ó aparecido en los corredores desiertos de este antiguo nido de mochuelos?

— Sí, señor, — contestó confusamente miss Huming.

Rolando reía de buena gana.

— ¡ Tiene gracia la historia de los trasgos! — dijo.

El propietario del Hotel, en cambio, malditas las ganas que tenía de reír. Sin embargo, haciendo una mueca que fingía una sonrisa, se atrevió á repetir :

— Sí que es divertida. Pero sepamos : ¿ era un hombre ese aparecido?

— Eráis vos mismo; — aseguró la inglesa.

Un horrible juramento salió de los labios del señor de Villanueva, quien al mismo tiempo se mesaba los cabellos. Luego murmuró en voz baja :

— ¿ Habrá animal como ese? Gaspar Mouvette es un granuja, un rufián, un mamarracho. No, la duda no es posible; el otro se le ha escapado, y yo me he divertido... ¿ Qué hacer ahora, qué hacer, qué hacer?

Grandemente interesado por el cariz que tomaba la aventura, el duque Rolando creyó oportuno el momento para bromear un poco.

— Pardiez, querido suegro, — dijo riendo, — ¿ de cuándo acá tenéis el don de ubicuidad? Porque de no ser así, no se explica que podáis jugar al escondite con vos mismo en vuestra propia casa. Con esa habilidad queda explicado lo que de inexplicable tenía el relato que nos ha hecho miss Huming.

Las mejillas del Señor de Villanueva, pálidas hasta entonces, cubriéronse de vivo carmín al oír al duque.

— Nada de baladronadas, amigo mío; — dijo al joven. En mis tiempos, sin duda porque no éramos fuertes de espíritu, tomábamos como artículo de fe las advertencias extraterrestres; y de que no hacíamos mal es buena prueba el hecho probado de que los difuntos pueden volver entre los vivos cuando tal es la voluntad de Dios... ó del diablo.

— Puede : pero eso no reza con vos, puesto que no estáis muerto, querido suegro.

— ¿ Estáis seguro de ello?

— ¡ Está loco! — pensó Rolando al oír esta pregunta.

Mientras tanto, el marqués hablaba con dulzura á miss Huming.

— Tranquilizaos, joven, — decía, — volved en vuestro acuerdo, y miradme bien de cerca; así. ¿ Persistís en creer haberme visto en la galería hace un momento?

Tranquilizada por el aspecto apacible de su fantasma, la inglesa, que había ya visto no pocas cosas al parecer inexplicables desde su incorporación al escudrón volante de la reina, contestó en el acto :

— Claro que persisto; — dijo sin turbarse. — ¿Cómo no he de reconocerlos, señor Gaulfar. quiero decir señor marqués, allí donde os encuentre?

— ¡El diablo se lleve á esta mala pécora — gruñó el noble señor perdiendo su momentánea bondad. — Pero cómo he de estar, vamos á ver, en dos sitios al mismo tiempo? Si estaba aquí, como puede aseverar el duque, no es posible que me hayáis visto en otra parte.

— Eso es lo que yo me he dicho hace un momento, y lo que me ha desconcertado, — arguyó la Huming — Pero os aseguro que encontrándome, como me encontraba, en la plenitud de mi juicio, no he podido equivocarme. Yo salía hace un momento, de las habitaciones de la señorita Solange, dirigiéndome hacia aquí para anunciar al señor duque la buena marcha de sus asuntos, cuando de pronto, al extremo de la galería, la pared se abrió y se cerró delante de mí...

— ¿Cómo, la pared?

— Sin duda, puesto que en ese sitio no hay puerta alguna, al menos que yo sepa.

Rolando intervino.

— ¿Y el señor marqués salía de ese muro?

— Repito que sí; lo vi como lo estoy viendo ahora mismo.

— Tenemos pues que existe, al parecer, una galería secreta. ¿Con qué habitaciones creéis que puede comunicar?

— Con las de la señora marquesa.

— ¡Buena la hicimos! — exclamó con zumba el duque, alegre y reidor como rara vez lo estaba. — Lo

delicado de la situación me obliga á preguntaros, en mi calidad de futuro yerno, mi querido anfitrión. ¿Qué pensáis de ese fantasma que visita á la marquesa por caminos misteriosos?

El querido anfitrión estaba apoplético, y parecía á punto de estallar. Lanzándose hacia la campanilla la agitó con rabia mientras murmuraba:

— ¡Condenado Gaspar! ¡Granuja sin entrañas! ¡Ah, si yo le tuviera aquí ahora!...

— ¡Calma, calma! — aconsejó el duque temiendo un escándalo. — Supongo que no vais á maltratar á mi señora suegra...

— ¡Por los cuernos de Satanás, dejadme ahora en paz! — gritó exaltado el marqués. — ¿Qué me importa á mi de esa respetable matrona? Estoy ya harto de todas estas estúpidas complicaciones... ¿Por qué se le habrá ocurrido á la vieja italiana sacarme de donde estaba? ¡Ah, en mala hora lo hizo la maldita!

— ¡Cómo! — exclamó Rolando curioso; — ¿echáis de menos el castillo de Vincennes?

— ¡Silencio! ¡Me estáis todos fastidiando! — gritó el noble anciano olvidando toda dignidad. — Desde el momento mismo en que ese inmundo Gaspar fué á mi corte á buscarme de parte de la mujer fatal, comprendí que había de arrepentirme de abandonar mi corona...

— ¿Pero de qué corona habla? — preguntó en voz baja Rolando cada vez más intrigado.

— De la de los mártires sin duda, — dijo en el mismo tono la inglesa, á la que no le estaba permitido revelar el secreto que le confiara la reina.

Mientras tanto, el gran marqués, agitadas las manos por crispaciones nerviosas y en desorden los cabellos como si no adhiriesen bien á su cráneo, daba vueltas en torno á la mesa, declamando una letanía de horribles juramentos, desconocidos en el mundo de los cortesanos.

Y he aquí que el joven Peiragude apareció en la puerta preguntando :

— ¿Vuestra alta señoría ha llamado ?

— ¡Vuestra alta señoría ha llamado! — repitió el de Villanueva deteniéndose de pronto y como estupefacto, al oírse llamar de aquel modo. — ¡Ah, el muy rufián, el muy bribón, el maldito regicida!

Continuaba preocupándole y atormentándole la traición probable de Gaspar Mouvette.

— ¿Cómo te llamas, imbécil? preguntó luego mirando iracundo al pobre servidor.

— Gualberto Peiragude, — dijo éste turbado. — Monseñor me hizo el honor de preguntármelo esta misma tarde...

— ¡Silencio, condenado charlatán! ¿Crees que no sé que ya te lo he preguntado? ¡Por los cuernos de Lucifer! Tendría que ver que la insubordinación hubiese estallado entre los servidores de esta casa en ausencia de su amo. ¡Pero guay de vosotros si tal pasa! No dejaré aquí ni uno siquiera; puedes decírselo á los demás.

Cambiando bruscamente de tono, el marqués continuó :

— Ahora, joven Dagoberto...

— Gualberto, Monseñor; — rectificó el criado.

— Es igual; yo sé lo que me digo, me parece...

Bueno, pues al punto vas á salir trotando para llegar hasta las inmediaciones del convento de Arrepentidas: una vez allí penetrarás en la truhanería de la Corte de los milagros...

— Considerad, señor, que París está alborotado; — interrumpió Peiragude. — Han prendido fuego á la casa del brujo de monseñor de Villequier...

— ¿Y eso qué importa? ¿Es que tienes miedo? En ese caso, — continuó el marqués implacable — prepara tus huesos para recibir una paliza.

La advertencia hizo su efecto.

— Ordenad, señor; vuestra voluntad será hecha; — afirmó el criado.

— ¡Ya lo sabía yo! Bueno, pues una vez en la Corte de los milagros, dirás que llegas de parte del gran Coesre; haz que te indiquen dos buenos mozos llamados Fargas y *Hueso de tuétano*, á quienes dirás que se hagan acompañar por la *Tetona*, dama de calidad como ninguna, y me los traes á los tres, al trote también. ¡Conque andando, holgazán!

Una vez que el joven Peiragude se hubo retirado, el de Saboya Nemours quiso enterarse de lo que significaba la extraña orden que el marqués acababa de dar.

— Me explicaréis, — dijo — el motivo de...

El marqués le interrumpió en el acto.

— Eso no os importa ni poco ni mucho, yerno mío. Supongo que pesa sobre vuestra conciencia más de un pecadillo del que maldita la gana que debéis tener de ponerme al corriente. ¿Por qué he de enteraros yo de mis acciones, ni de las costumbres que en prisión con-

traje? Si me gusta comerciar amistosamente con la flor y nata de esos sitios, cosa es que sólo á mí interesa. Cada cual tiene sus defectos, ¿no es verdad? Bueno, pues guardad los vuestros, y dejadme que cultive los míos.

— Ese tono, señor suegro...

— Es el que me conviene adoptar en este momento: — dijo el marqués con acritud. Luego, señalando con gesto soberano á la puerta, añadió :

— Por ahí se sale; dispensadme si no os acompaño. Sonriente siempre y demostrando en tal momento soberbia longanimidad que parecía incompatible con su carácter quisquilloso, el joven duque saludó cortés y abandonó la estancia llevándose á miss Huming,

Una vez en la galería le preguntó :

— ¿Está siempre ese dogo del mismo excelente humor que esta noche?

La inglesa se encogió de hombros, sin contestar. Su misión reduciase á espiar á las víctimas de la madre del rey; poco le importaba lo que pudiera hacer el marqués, con respecto á cuya verdadera personalidad sabía ella á qué atenerse.

Una vez solo, el falso gran marqués permaneció escuchando durante algunos momentos, y yendo luego hacia un espejo, se contempló con cómica satisfacción y á sus anchas. Y sin embargo, no tenía en verdad porque hallarse satisfecho. En su semblante, despojado de la máscara de dignidad relativa que obligado se veía á conservar en presencia de testigos, se reflejaba ahora la más vituperable cobardía.

Tal vez para no verla, giró el improvisado noble so-

bre sus talones, y fué á refugiarse entre los brazos de la butaca desfondada. Una vez sentado, dedicóse á dar golpecitos en el abdomen :

— Nada, que no pasa; — decía. — Ni que tuviera un hormiguero bajo el ombligo... La culpa la tiene ese infame asesino de Gaspar Mouvette... ¡Y yo que no he sufrido nunca en este sitio !La verdad es que no sé si esto son cólicos ó dolor de estómago. En fin, sea lo que fuere, yo no estaría así en este momento sin la estúpida debilidad que me impulsó á cambiar mi humilde reino y mi cetro de caña y mi manto de harapos por un marquesado en el que abundan los peligros... Ese demonio de Villanueva es un soldado estúpido, un grosero rayo de la guerra, un héroe incommensurable, por el estilo del paladín Orlando... ¡Y este condenado vientre que no me deja tranquilo ! Hay para volverse loco... ¡Cómo me ha burlado ese ganapán ! Pero anda, que no ha de ir á Roma por la penitencia; he de estrangularlo dondequiera que lo encuentre. Porque el otro, el otro yo, existe; ¡vaya si existe ! Yo he oído la voz perfectamente; además, ¿no lo ha visto la inglesa en el corredor? Acaba de decirlo. Y como yo no estaba en el corredor, porque no me he movido de aquí, pues claro es que era él... ¡Él ! ¡En las habitaciones de la marquesa !... ¿Quién me dice que no se han puesto de acuerdo para devorarme las tripas? Y ya, ya parece que me las devoran... Pero es la maldita cena, que no acaba de acomodarse en mis intestinos.

Prestó oído á los rumores que llegaban del exterior, y exclamó satisfecho :

— ¡ En fin, ya están aquí!

Gualberto apareció en la puerta, haciéndose enseguida á un lado para dejar pasar á los que llegaban. La Tetona, innoble bellaca cubierta de fétidos andrajos, se adelantó apoyándose en los brazos de Fargas el idiota, privado de uno de sus ojos en el encuentro de Vincennes, y de *Hueso de tuétano*, un guapo así llamado porque á la dureza del hueso sabia unir la suavidad de la sustancia en el interior del mismo contenida.

Al ver á sus súbditos y amigos, el marqués pareció recobrar de pronto todo su aplomo y la perdida energía.

— ¡ A mis brazos, hijos míos! — dijo preparándose á estrechar en ellos á los recién llegados; — y tú faquín, — añadió dirigiéndose al joven Peiragude, — ya estás de más aquí.

Los tres mendigos repitieron la orden:

— ¡ Quiere decir que te largues, imbécil!

Sin hacérselo repetir, Gualberto se apresuró á retirarse tapándose los oídos.

Entonces los truhanes avanzaron hacia su jefe.

— ¡ Bien estuviste esta mañana! — dijo la Tetona frotando su hocico contra las mejillas del marqués. — Intrépido y bravo como un héroe...

— Salud al vengador de los truhanes; — baritoneó *Hueso de tuétano*. — Al que burló las gentes de armas del rey, y dió en el polvo con el decreto suprimiendo nuestros fueros.

Fargas, por no ser menos, moduló también su cumplido:

— Yo no veo más que á medias, ilustre salvador nuestro, porque no me queda más que un ojo. Tal vez por eso no comprendo cómo puedes encontrarte á la vez aquí y allá... Aquí como Villanueva-Marsan y allá como rey de Thunes.

El semblante del marqués se alteró oyendo estas razones.

— ¿ Qué significa eso? — gruñó colérico. — A ver, explicaos más claramente.

Pero la bellaca y los truhanes habíanse sentado á la mesa sin ceremonia, y atracábanse como ogros, vaciando los frascos de vino y dando buena cuenta de los restos de la cena.

Ocupada la boca con una enorme salchicha de jabalí, Fargas se explicó:

— Por lo visto la bravura se adquiere al adquirir los blasones; ¿ no es así, Gaultfarault *nostro*? No sabes tú bien lo que sentimos no encontrarte después de tu hazaña; ¡ te hubiéramos llevado en triunfo!

El marqués estaba estupefacto.

— ¿ Pero qué hazaña es esa, — preguntó, — y qué he hecho yo, cuernos del diablo, para merecer que me llevéis en triunfo?

— Queríamos agradecerte la pronta justicia que hiciste de la provocación del gran canciller...

— ¡ Cómo! ¿ Yo he hecho eso?

— Sí, y no es cosa ahora de hacerte el pequeño Buena es la modestia, querido Coesre, pero empareja mal con tan alto valor guerrero y con fuerza tan notable como la por tí demostrada; — añadió Far-

gas. — Buen puño se necesita para derribar el poste.

Abría el marqués tamaños ojos.

— La verdad es que estabas hermoso; — dijo en su turno *Hueso de tuétano*; — como nunca te hemos visto. Mucho más que con tu barba y esa peluca de postín...

— ¡A tu salud! — exclamó la Tetona levantando su vaso.

— ¡A tu salud! — repitieron los otros renovando las libaciones.

El marqués, incapaz de comprender, se mesó los cabellos, y por la segunda vez en poco tiempo la peluca giró en su cráneo.

— ¡Pero si cuando yo sali de la Corte de los milagros era aún de noche! — dijo perdiéndose en un mar de confusiones. — Por lo visto algún bribonzuelo descarado se ha permitido robarme mi semblante.

— ¡Cómo! — exclamaron los truhanes desconcertados.

— Vamos á ver, recordad bien antes de contestarme, — observó el marqués. — ¿Estaba allí Gaspar Mouvette, el teniente de policía agregado al servicio de la infernal Catalina?

— Puede que sí.

— Sí que estaba.

— Sí, sí, se escondía detrás de las gentes de armas.

El falso marqués reflexionó en silencio algunos momentos.

— Amigos míos, — dijo luego — ahora comprendo la maquinación urdida por ese devergonzado Gaspar, ó mejor dicho, por la italiana. Mientras que el rey de

Thunes desempeña aquí el papel de Villanueva-Marsan, es el gran marqués, como si lo viera, quien...

Habían cesado la comilona y las libaciones. La permutación anunciada como probable por el gran Coesre parecía á los truhanes tan amenazadora y pletórica de graves consecuencias, que sin esperar siquiera á que terminara la frase se levantaron con la intención visible de ganar la puerta cuanto antes.

— ¡Alto ahí! — gritó con poderosa voz el gran marqués. — Están guardadas todas las salidas, amigos míos. Si para vosotros ha llegado el momento supremo, sabed morir dignamente haciendo de vuestros cuerpos escudos para proteger la persona del rey que libérrimamente habéis elegido.

Este llamamiento al heroísmo produjo, la verdad sea dicha, pésimo efecto. Sin embargo, los mendigos se detuvieron, ante el temor de caer tal vez en alguna trampa si ganaban la galería, y cambiaron entre ellos miradas angustiosas.

El festín, bajo tan buenos auspicios comenzado, terminaba ó interrumpíase, como el célebre de Baltasar, por el anuncio de una amenaza espantable.

— Padre de las bellacas, — suplicó la Tetona, — déjame salir; yo no puedo servirte de nada, como no sea de estorbo.

— De eso trataremos ambos en la cama, mientras que nuestros terribles amigos velan, — dijo el marqués.

Pero los terribles amigos se apresuraron á protestar.

— Repara, rey de Thunes, que estamos bastante estropeados, — dijeron. — Flacos como gatos y débiles como niños.

— ¡Qué disparate! Modestia, nada más que modestia; eso es lo que tenéis. Comprendo que dudéis de vuestras fuerzas, pero ya veréis, ya, cuando llegue el momento de probarla... Conque á obedecerme todos; concluyó el marqués. — Como probablemente habremos de sostener un sitio, lo primero es construir barricadas. Manos á la obra.

Dominados por la energía de su jefe, los pobres diablos no tuvieron otro remedio que resignarse, y en menos tiempo del que se precisa para contarlos quedaron cortadas las comunicaciones con el exterior, amontonando muebles, cofres y cajones junto á las puertas. Hecho lo cual, el gran marqués se frotó las manos.

— Ahora, — dijo — se trata de esperar el nuevo día. Los aparecidos no son temibles á la luz del sol.

— ¡ Los aparecidos! — repitieron los tres truhanes temblando de miedo.

— Sí; pero cómo aun es de noche, — dijo el marqués mirando á las panoplias — por lo que pueda ocurrir vais á armaros hasta los dientes.

Como los dos hombres retrocedían resistiéndose pasivamente, el marqués, atenazado por el miedo, deshizo dos magníficos trofeos, y de grado ó por fuerza armó á sus dos hombres de modo tal que ambos llegaron á doblegarse al peso de todo aquel hierro viejo que los cubría.

Entonces respiró el marqués con más libertad. Su

habitación había cambiado de aspecto, apareciendo en aquel momento como una plaza de guerra guardada por caballeros cubiertos de hierro.

— ¡Vigilad bien! — dijo luego de pasar revista á sus hombres; — y en caso de que se presente el enemigo, sabed al menos morir con honor.

Las dos armaduras temblaron, y por la abertura de los cascos salió un á modo de gruñido, que parecía una protesta.

— Bien está, mis valientes; — aseguró el marqués. — Recibo y agradezco vuestro juramento.

Dicho lo cual, entróse en su alcoba para vestirse una cota de mallas.

Luego llamó á la Tetona.

— Ven á yacer conmigo, bellaca; — dijo amablemente.

Poco tiempo después cuatro sonoros ronquidos hacían temblar la fortaleza; dos de ellos parecían salir de detrás de las cortinas corridas de la alcoba; los otros dos retumbaban en el interior de los cascos.

Hueso de tuétano y Fargas olvidaban sus temores, durmiendo de pie, en sus armaduras.